

Tres de las intervenciones llevadas a cabo en Belchite por el estudio BAU

JAVIER BOROBIO SANCHIZ*

¿Quién, que conozca Belchite, al mencionar su nombre no piensa en la Guerra Civil?, ¿quién, que haya visto sus ruinas, no imagina el horror de la batalla?, ¿quién, de los que por allí han paseado, no percibe entre sus escombros el desastre y la desolación que deja una contienda armada?

Todos lo sabemos, las ruinas de Belchite son sinónimo de eso: guerra, horror, desastre. Fruto de un par de enconados conflictos entre septiembre de 1937 y marzo de 1938.

Pero lo que muchos de esos todos no imaginan es que el viejo pueblo de Belchite también significa: abandono, pillaje, desidia, olvido. Resultado de la dejadez durante los más de ochenta años transcurridos tras esa guerra; porque así es, porque todos los que nos hemos paseado por sus ruinas y las hemos ido observando a lo largo de los últimos cinco lustros, hemos podido comprobar cómo han ido desapareciendo restos y hundiéndose edificios completos sin que mediara ningún conflicto, aparte del de los diferentes intereses que en cada momento particulares y administraciones iban esgrimiendo.

Los que conocemos el pueblo desde hace tiempo recordamos que, hasta no hace muchos años, la calle Mayor y los alrededores del Arco de San Roque mantenían en pie hermosos restos y edificaciones casi enteras de importantes construcciones históricas que permitían adivinar el aspecto de la ciudad; aspecto que, sin embargo, en el tiempo transcurrido desde que, por ejemplo, redactamos el Plan Director (2005) hasta que escribimos estas letras (2019), ha ido cambiando, deteriorándose y destruyéndose hasta el punto de ser, en algunos tramos, completamente irreconocible.

No nos cuesta afirmar que las ruinas de Belchite, para nosotros, no son, desgraciadamente, unas ruinas épicas en el sentido plástico —aunque hubieran podido tener algo de ello—, pues sobre los estigmas de la batalla han estado acumulándose señas producidas por la desidia, el desconocimiento, la estupidez, la indiferencia, la rapiña, la cobardía, la falta de perspectiva, los complejos... A este pueblo, tras la destrucción de la guerra, le siguió la triste y lenta destrucción del abandono.

* Arquitecto. Doctor en Historia del Arte.



Fig. 1. Vista aérea del pueblo viejo de Belchite tras la Guerra Civil. Fotografía: Centro Cartográfico y Fotográfico del Aire. Archivo BAU.

Tampoco son, a nuestros ojos, unas ruinas estables, pues los materiales aquí empleados en la construcción han sido siempre lo suficientemente humildes como para que la degradación que sufren sus fábricas originales, desprovistas de protección a los agentes atmosféricos, sea inexorable.

Por ello, hoy en día, nos encontramos, por un lado, con manzanas completas cuyas casas, que apenas habían sufrido daño durante la guerra, han desaparecido, quedando, tan sólo, un trazado urbano con restos de edificaciones de altura variable que, a modo de muros de contención, mantiene en su interior su propia ruina. Y, por otro lado, nos encontramos con pocas edificaciones que, a duras penas y sufriendo mucho, aguantan como pueden algunas de sus fachadas y forjados.

A lo largo del tiempo, y mucho después de la guerra, hemos visto cómo el empuje de los escombros ha ido produciendo nuevos derrumbes de los restos de los muros de las antiguas fachadas que aún se mantenían en pie y cómo, poco a poco, la enruna de esos derrumbes iba invadiendo la calle quedando a los pies del turista, muy lejos del soldado.

Afrontar la intervención de un lugar como este, con las enormes cargas sentimentales, sociales y políticas de las que era —y todavía es— tributario, nos hizo que, como profesionales, tuviéramos que replantearnos la metodología de trabajo en varias ocasiones a lo largo del arduo sendero por el que tuvimos que ir yendo para sacarlo adelante.

Y decimos arduo y duro porque, al principio, y a pesar de que había una clara mayoría social y política preocupada por la intervención en el Belchite viejo, nadie sabíamos bien cómo actuar. Algunos otros esperaban quietos y callados a ver qué esbozábamos, sin aportar nada.

En los planteamientos técnicos que nos hicimos, tratando de afrontar el asunto de la intervención con la vista más fría y técnica posible, apartándonos al máximo de las tan polémicas cuestiones sociales que este tema despertaba, se nos abrían, casi siempre, más interrogantes que respuestas: ¿qué es lo que conviene mostrar y preservar?, ¿conviene emprender una reconstrucción masiva?, ¿dónde interrumpimos la consolidación?, ¿a qué momento de la historia del edificio, del pueblo, se lleva su restauración, hasta justo después de la contienda, a los momentos antes de la guerra, a cuando fue construido?

Para hacer el trabajo de manera eficaz considerábamos que era necesario dar respuesta a otras preguntas, quizás más básicas, pero no por ello con respuestas menos complejas: ¿para qué?, ¿por qué?, ¿cómo?

Normalmente, cuando desde el estudio profesional hemos acometido la actuación en un monumento, las ideas suelen ser más claras —guiadas siempre por lo que creemos que dicta el propio edificio, por un programa de necesidades establecidas y por la afectación del uso que se le pretende dar— pudiéndolas, incluso, enmarcar entre alguna de las distintas doctrinas de restauración. Sin embargo, en el caso del viejo Belchite, el camino a recorrer no había sido ensayado con anterioridad. Se trataba de actuar en un lugar en el que su memoria reciente era tan dura y dramática que, con su fuerza, hacía olvidar el rico y variado pasado que tuvo anterior a la guerra. Como si ese triste y último acontecimiento hubiera eclipsado todo, sumiendo a Belchite en un abismal silencio, falto de estímulo, en un languidecer sombrío que no buscara más que la reducción a cascotes y polvo de lo poco que quedaba. Y a nosotros, al mismo tiempo, se nos pedía que, como técnicos, diéramos soluciones a su constante deterioro, aunque no hubiera un programa funcional o algún uso previsto más allá del de ser visitado por algún turista ocasional.

En su momento, hace ya más de quince años, consideramos, y así lo trasmitimos a las autoridades competentes en materia de patrimonio, que todo el pueblo debía ser entendido como una unidad; que la lectura, la del viejo Belchite, debía tener un discurso que permitiera actuar en cada uno de sus edificios monumentales, en cada una de sus casas, en cada uno de sus elementos urbanos y paisajísticos de forma particular, única y específica, sin perder, por ello, la coherencia en la intervención general, esa que diera una nueva lectura al viejo pueblo.

Queríamos plantear en Belchite algo que fuera atractivo y contara con el interés del mayor número de personas; pretendíamos que allí se siguieran acercando, cómo no, curiosos e investigadores de la guerra, que tuvieran un espacio interpretativo especializado en, por qué no decirlo, un decorado sin igual en España para ello; pero que también se acercaran hasta Belchite amantes de la Historia, estudiantes y profesionales de Arte y Arquitectura, gente que disfrutara con el olor de las almazaras, con las tradiciones de la zona; queríamos, quizás, algo difícil de conseguir: resucitar Belchite con el pretexto de la guerra y hacer de sus ruinas —unas consolidadas y otras restauradas— un gran museo urbano al aire libre; un espacio para la paz arrancado entre los escombros. Con el tiempo nos hemos dado cuenta de que sí, de que había que intentarlo, aunque la tozuda realidad nos ha demostrado que todo aquello no era más que una quimera.

Para que el resultado de nuestra labor fuera lo más inclusivo posible planteamos que en las reflexiones previas, en la toma de contacto, en la elaboración de los planos de intenciones o en el trabajo de campo, participara, con su sentir y argumentario, el mayor número posible de personas. Conscientes de lo sensible de la materia, no veíamos la posibilidad de realizar un proyecto de intervención general sin contar con la contribución activa de los diferentes estamentos políticos y sociales, de los vecinos del pueblo, de las autoridades, de investigadores y testigos privilegiados, de cuanta más gente mejor; y no, precisamente, para que nos hicieran el trabajo, sino para que pudiéramos hacerlo después de haber escuchado su opinión. Por eso, nuestro estudio estuvo abierto, mientras duró el proyecto, a quien quisiera comentarnos lo que fuera, y aunque pareciera que muchos querían decir algo, pocos fueron los que se acabaron sentando alrededor de la mesa de trabajo.

De todas formas, vemos ahora que aquel Plan Director que propusimos —y que con el paso del tiempo lo podemos calificar como de ambicioso plan de mínimos— se ha quedado, muy a nuestro pesar, en agua de borrajas.

En cualquier caso, con independencia del mayor o menor grado de éxito del Plan Director realizado, aprobado y vigente en la actualidad,¹ vamos a presentar, aquí, en este escrito, las tres pequeñas y complejas intervenciones que hemos proyectado y dirigido en el viejo Belchite: la Torre del Reloj (2002); el Arco de la Villa (2006); y el Arco de San Roque (2006).

¹ Plan Director aprobado por la Comisión Provincial de Patrimonio Cultural en sesión celebrada el 21 de julio de 2007.

Las tres intervenciones, aunque muy distintas entre ellas por el alcance y la gravedad de sus patologías, tenían un denominador común: eran bienes municipales que las administraciones —local y regional— no querían que acabaran en el suelo. Por eso, unieron esfuerzos e intervinieron en ellos. Y hoy, detractores y defensores de esas obras, que de todo hay, coinciden en que, con independencia de que les guste más o menos lo que se hizo, se consiguió que, gracias a ese esfuerzo, los tres monumentos sigan hoy en pie y puedan seguir siendo objeto de sus comentarios. Comentarios que muchos de los edificios vecinos —como el antiguo ayuntamiento, obra de nuestro abuelo Regino, durante la II República— ya no van a recibir porque, sencillamente, se han hundido: ya no existen.

Torre del Reloj

La primera de las intervenciones que acometimos para el Gobierno de Aragón en el viejo Belchite fue la realizada en la Torre del Reloj, declarada Bien de Interés Cultural el 2 de octubre de 2001.²

Todo empezó en mayo del año 2002 con una llamada telefónica al Gobierno de Aragón del que entonces era alcalde de Belchite, Domingo Serrano Cubel —gran luchador por la recuperación del pueblo viejo—, para informar de que se le había caído el aro al reloj de la torre y con él un trozo de la fachada mudéjar y del interior del último forjado.

Cuando la visitamos por primera vez observamos que la torre, además de un problema en su coronación, tenía un serio problema en su base, ya que un gran socavón justo en la vertical de su fachada sur amenazaba con el descalce de su cimentación y el colapso de su estructura. Además, en su interior, la zanca de la escalera estaba muy deteriorada, con grandes grietas y muchos peldaños rotos. La torre, de planta cuadrada, seguía el patrón de las torres mudéjares, con machón central y escalera de bóveda entre los muros.

El reloj que le daba nombre, y que fue derribado durante la guerra, había sido colocado en el siglo XVIII rompiendo para ello un par de arcos de medio punto similares a los que había, a esa misma altura, en las otras tres fachadas de la torre.

En las obras de emergencia que hubo que acometer, y que sirvieron de fase previa a una segunda actuación, se realizaron varios trabajos: se delimitó la zona por seguridad; se recalzó la cimentación; se levantó un

² B.O.A. n° 126, de 26/10/2001, pp. 8.044-8.045.

andamio de trabajo; se desmontaron manualmente todos los elementos que estaban en peligro de caer, recuperando el material para su posterior reutilización; se apuntalaron las zancas de las escaleras; se zunchó el cuerpo alto mediante tensores exteriores; se consolidó el cuerpo del reloj; y se colocó una cubierta temporal sobre el andamio para proteger toda la torre.

Mientras se realizaban estas labores, que garantizaban la estabilidad del monumento, empezamos a trabajar en el proyecto de intervención que presentamos el 4 de septiembre de 2002. Los objetivos fundamentales planteados en aquel proyecto fueron la estabilización del desplome de la torre, su refuerzo estructural, la reparación de la escalera y de su núcleo central y, sobre todo, la consolidación y el cierre superior del monumento para que la lluvia no siguiera afectando negativamente a su conservación.

El criterio básico de actuación, no sólo en lo que afectaba a su remate, sino en toda la torre, fue el de su consolidación. Además de esa consolidación, que vimos compatible con algún trabajo de rehabilitación y restauración parcial, proyectamos, y llevamos a cabo, la formalización de un volumen que sirviera para dar idea de las dimensiones de la construcción original y que hiciera de telón de fondo sobre el que se recortara la ruina tal y como había quedado justo después de la guerra.

Para ello, sobre los muros seccionados, se levantó, un paramento revestido de madera de teca algo retranqueado del muro original de ladrillo. La elección de la madera colocada horizontalmente servía, por un lado, para marcar una diferencia en cuanto a textura y material con la fábrica original, y por otro, para conseguir una afinidad en cuanto a disposición (horizontal) y color (ocre) con el ladrillo existente.

Todos los huecos que estaban abiertos en fachada (puerta, reloj, arquillos, ventanal y bombazos), se cerraron con el mismo material de teca, de manera que hubiera una continuidad visual y formal en todo el monumento, facilitando su apertura para el mantenimiento y el oteo. Además, se restauró la escalera interior, permitiendo al visitante acceder hasta el último piso de la torre y así poderse asomar a través de los huecos dejados para disfrutar de las vistas que esta atalaya permite descubrir.³

Tras las obras que se realizaron en dieciséis meses, y que costaron algo más de 77.000 euros, la torre quedó acabada y abierta al público en enero de 2004. Muchos fueron los que la visitaron y aprovecharon para

³ En el proyecto presentado no figuraba la construcción del hueco circular en donde se alojó el reloj, ya que para esta fachada proponíamos la recuperación de la pareja de arcos de medio punto originales. Sin embargo, hubo que reproducir este hueco circular por prescripción de la Comisión Provincial de Patrimonio Cultural, aunque no se contara con la colocación de ningún reloj.

disfrutar de las vistas desde arriba, aunque el vandalismo y la falta de mantenimiento está consiguiendo convertirla, otra vez, en una ruina.

Mientras se estaba llevando a cabo la intervención en la Torre del Reloj, el 28 de octubre de 2002 Belchite fue declarado Bien de Interés Cultural en la categoría de Conjunto de Interés Cultural con la figura de Sitio Histórico.

Arco de la Villa

La segunda intervención que realizamos en el viejo Belchite fue en el Arco de la Villa. Arco-capilla que conforma el paso desde la plaza Goya a la calle Mayor y que la Guerra Civil, y, sobre todo, el paso del tiempo, le habían conducido a un estado de enorme deterioro.

De hecho, fue en una de las visitas a la obra de la Torre del Reloj, cuando se dio la voz de alarma al Ayuntamiento y al Gobierno de Aragón puesto que el balcón, situado sobre el paso en la fachada que da al viejo pueblo, amenazaba con caerse.

Al igual que ocurriera unos años antes con la Torre del Reloj, lo primero que se hizo aquí fue acometer una actuación de emergencia que detuviera el colapso del edificio a la espera de que se pudiera actuar de forma integral en el monumento.

El 14 de junio de 2006 recibimos el encargo de esa actuación; proyecto que presentamos tres meses después a la Dirección General de Patrimonio Cultural, y que seguía las directrices marcadas en el Plan Director aprobado: restaurar el monumento lo más fielmente posible a la construcción original mediante una escrupulosa rehabilitación y reconstrucción de las partes dañadas. Esta reconstrucción era posible dado que existían restos y documentación suficientes de los elementos desaparecidos.

Lo que encontramos fue una construcción de ladrillo de dos plantas, con dos cuerpos bien diferenciados: el de la capilla, con su testero hacia la plaza Goya; y el de la nave, abierta a la calle Mayor. La fachada recayente



Fig. 2. Coronación de la Torre del Reloj tras la intervención. Fotografía: J. Borobio Sanchiz, archivo BAU, exp. n.º 200211.

a la plaza Goya, coronada por una cúpula que había perdido su linterna, era sobria y maciza, y en ella se abría el arco de medio punto que daba acceso al pueblo. La fachada de la calle Mayor, marcada en la planta baja con la lógica continuación de arco de acceso, mantenía, de mala manera, en la planta alta, la ruina de un balcón corrido entre las jambas de un gran arco de medio punto, bajo el que se abrían otros dos arcos decorados con molduras de yeso y un óculo elíptico a través del que se veía que toda la nave había perdido la cubierta y con ella su bóveda de cañón. A ambos lados del arco nos encontramos con dos pequeños espacios: el del sur albergaba una inaccesible escalera para subir a la capilla situada en la planta superior; y el del norte se encontraba vacío, completamente hundido en el predio vecino.

Aunque los remates de las fachadas estaban muy deteriorados y faltaban muchos metros, observamos que todavía quedaban suficientes vestigios y labores originales como para recrear su traza. Lo mismo se podía decir de la decoración de yeso, con la salvedad de su estado de conservación.

El objetivo fundamental de esta intervención fue el de resolver un problema social: reabrir la puerta de entrada al pueblo viejo de Belchite desde el pueblo nuevo que, en aquel entonces, estaba tapiada por existir peligro de derrumbe. Lo que hicimos, en primer lugar, fue proceder a una limpieza general, consolidando o retirando para su posterior reutilización los elementos inestables en forjados, muros, arcos, bóvedas y plementos. Posteriormente, acometimos la consolidación de las estructuras dañadas con objeto de desterrar los peligros que el deterioro producido por su exposición a la intemperie había ocasionado. Por eso se encamisó la cúpula sobre pechinas de la capilla y se arriostraron todos los muros mediante un zuncho perimetral.

Una vez consolidada la ruina, dejando el espacio seguro para trabajar en ella, se completaron las zonas desaparecidas y se procedió a colocar la cubierta del tejado, así como a reconstruir la linterna sobre la cúpula. Los paramentos de fábrica de ladrillo se unificaron en tono y tipo de junta, reparando los daños en las fábricas antiguas. Se puso especial cuidado en la selección de los ladrillos utilizados y en la fabricación de las piezas aplantilladas que debían completar las faltas, al objeto de que el conjunto mantuviera la unidad constructiva que se buscaba.

Como podemos ver, en este caso, en vez de optar por una idea menos restauradora, como la de recortar la ruina sobre un fondo más o menos neutro, tal y como se había hecho en la Torre del Reloj, reconstruimos el monumento al posible estado que tenía momentos antes de la guerra, guardando en su interior, los impactos de los obuses que el conflicto le

había producido. Esta línea de actuación venía marcada por las directrices del Plan Director en la idea de reconstruir los elementos desaparecidos que tuvieran restos suficientes como para poderlos recrear.

Los recursos decorativos (pinturas, grafitis y yesos) se consolidaron en cuanto se pudieron sacar las aguas fuera. Por último, se procedió a la realización de las instalaciones y a la pavimentación de la calle, reproduciendo el enmorrillado descubierto. Avanzada la obra, propusimos, gracias a la documentación encontrada y las huellas descubiertas *in situ*, la reconstrucción de la espadaña que había en la fachada hacia el pueblo; propuesta que finalmente no vio la luz. Para el anecdotario también queda el hecho de que para sustituir a la veleta perdida, se construyó una dibujada por nuestro tío, José Borobio Ojeda, en homenaje del centenario de su nacimiento. Las obras duraron siete meses y el presupuesto de contrata, IVA incluido, de esta intervención fue de 282.450,42 €.

Arco de San Roque

Poco después de presentar el proyecto del Arco de la Villa, desde la Dirección General de Patrimonio Cultural se nos encargó, el 22 de septiembre de 2006, el proyecto de estabilización y consolidación del Arco de San Roque, construcción barroca de ladrillo, con abundante decoración mudéjar, situada en la zona noroeste que conforma la puerta de acceso desde el camino de Codo. La redacción del proyecto nos llevó tres meses y fue aprobado definitivamente en marzo de 2007.

Cuando se nos encargó el proyecto de estabilización y consolidación, nos encontramos con una construcción completamente “encorsetada” entre tensores y tirantes, colocados a finales de los noventa, que impedían su desmoronamiento. La ruina se aguantaba en pie gracias a los múltiples apoyos que, como muletas, impedían su desmoronamiento.⁴

La causa fundamental por la que el Arco de San Roque se encontrara en este lamentable estado era el abandono sufrido durante los últimos sesenta años. Es cierto que durante la guerra sufrió graves destrozos, sin embargo, tal y como se apreciaba en los documentos gráficos que pudimos consultar, el monumento tras la contienda mantenía sus estructuras principales, sus cerramientos y sus forjados, y lo que era más importante, seguían en pie las edificaciones de las viviendas anexas en las que la construcción se apoyaba mediante unos arcos rampantes. Hay que recordar

⁴ Esos trabajos de emergencia y apuntalamiento fueron realizados bajo la dirección del arquitecto Ildefonso Torreño Gómez por encargo del Ayuntamiento de Belchite hacia 1997.



*Fig. 3. Estado del Arco de San Roque antes de la intervención.
Fotografía: J. Borobio Sanchiz, archivo BAU, exp. n° 200641.*

que el Arco de San Roque, al igual que el de la Villa, eran puertas del pueblo y, como tales, tenían una función de cierta defensa y protección, encontrándose, por eso, unidas a las casas vecinas cerrando el perímetro del núcleo urbano.

La fachada noreste, que servía de entrada al pueblo desde el camino de Codo, era la que aparecía más dañada por la guerra. La cúpula que cubría la capilla situada en el piso superior, sobre el arco, presentaba un gran boquete abierto por el impacto de una bomba que, pese a lo espectacular de sus dimensiones, conservaba, como flotando en el vacío, el arranque circular de su linterna.

Otro roto de grandes dimensiones era el abierto en el muro frontal, que alcanzaba una altura de unos tres metros y se situaba a la derecha, dejando sin apoyo al arco de descarga de la cúpula. Al menos otros tres impactos, situados a ambos lados de la hornacina central, habían perforado de lado a lado el muro de esta desdibujada fachada. Desdibujado al que ayudaba enormemente el deterioro que sufrían los ladrillos debido

a la pérdida de material producida, sobre todo, por el impacto de balas, metralla y demás proyectiles de pequeño calibre durante la lucha.

La casi inexistente fachada suroeste, la recayente hacia el interior del pueblo, había perdido completamente su fábrica de ladrillo, padeciendo un deterioro muchísimo mayor por el abandono y la dejadez desde el final de la guerra que el sufrido durante el conflicto.

El hundimiento, por incuria, de las viviendas anexas en las que se apoyaba la construcción mediante los arcos rampantes (de los que quedaban sendos arranques) había hecho que los pilares que cerraban la arquitectura del arco en ambos lados, se inclinaran hacia fuera de tal forma que sólo los soportes y tensores colocados en las obras de emergencia de 1997, impedían su desintegración y caída.

Las fachadas laterales —sureste y noroeste—, permitían distinguir, en su alzado, los dos cuerpos en los que se componía el edificio: uno, el de la capilla, hacia el camino de Codo; y otro, el de la nave, recayente al pueblo viejo. Cada una de las fachadas mantenían las señales, no solamente de los impactos de los proyectiles y la metralla, sino de las construcciones que habían estado adosadas a ambos lados, destacando los cajeados de las vigas que se apoyaban en ellas o la huella de la escalera que, en la fachada noroeste, comunicaba la planta baja (de acceso) con la superior (la de la capilla).

La planta primera había perdido todo el forjado de la nave, del que tan sólo quedaban algunos rollizos al aire, medio partidos, sin revoltones. La única zona en la que se mantenía parte del forjado era en el cuerpo de la capilla, bajo la cúpula.

El arco fajón, que separaba el cuerpo de la nave del de la capilla, estaba decorado con yeserías de motivos vegetales (atauriques) en las albanegas y geométricos en cenefas; y se encontraba fracturado en su tramo central con gran amenaza de desplome.

Desde el punto de vista formal, la idea fundamental de la actuación, marcada por el Plan Director, fue la de recuperar el Arco de San Roque al estado en el que quedó después de las batallas libradas durante la guerra. Para acometer este objetivo se plantearon tres líneas de actuación que respondían a las tres identidades fundamentales del monumento: 1) la consolidación y estabilización estructural; 2) la consolidación y estabilización arquitectónica; y 3) la consolidación y estabilización urbana.

Para llevar a cabo la recuperación de su identidad estructural había que conseguir que el Arco de San Roque no fuera tributario de las obras de apuntalamiento, atirantado y zunchado que, con carácter de emergencia, se habían realizado a final de la década de los noventa, así que calculamos un sistema de transmisión de cargas que hiciera que la cons-

trucción fuera estable por ella misma, haciendo que todos los elementos volvieran a trabajar de forma ordenada y coherente.

Para ello proyectamos y realizamos dos tipos de atado: un atado superior de todo el perímetro de la construcción mediante zunchado con jácena dentada sobre el ancho de los muros de ladrillo que cosía por arriba las fábricas de los dos cuerpos y servía de apoyo de la estructura para la cubierta de la nave; y un doble atado interior del edificio –uno horizontal mediante la reconstrucción del forjado intermedio, y otro vertical, mediante la conexión de las fachadas sureste y noroeste entre sí– haciendo trabajar a todo el cuerpo de la nave como un gran cajón de torsión para la correcta transmisión de cargas a los contrafuertes. Posteriormente, re-colocamos minuciosamente el arco fajón y encamisamos la cúpula de la capilla. El nuevo sistema estructural ideado entró en carga gradualmente dentro de los márgenes que teníamos previstos y el arco se sostuvo por sí mismo, sin “corsés ni muletas”, recuperando su identidad estructural.

La recuperación de su identidad arquitectónica pasaba por la decisión de cómo tratar los destrozos dejados por las bombas y los huecos abiertos en los muros, la cúpula o los forjados. Se decidió, por un lado, mantener los estigmas de la batalla, y por otro, consolidar la fábrica. Así pues, decidimos significar los bombazos y retacar las partes que se habían ido deshaciendo desde el final de la guerra.

Ayudados de dibujos de Regiones Devastadas y de fotos hechas al acabar la guerra, pudimos recuperar la imagen del arco hacia el pueblo, pilastras, frontispicio y espadaña, tal y como quedó tras la contienda. Además, la suerte hizo que, en las labores de desescombros manual con metodología arqueológica, encontráramos la figura original de San Roque: una talla de enorme valor al tratarse de una imagen relicario esculpida en mármol de carrara y muy probablemente traída desde Roma. Se hizo una reproducción en resinas que fue colocada en la hornacina del Arco, entregando el original al Ayuntamiento para su custodia.

La identidad urbana del monumento era, sin lugar a duda, la que más en ruina se encontraba, con peligro de desaparecer totalmente si no se llevaba a cabo una decidida labor de intervención. Su pérdida suponía, a nuestros ojos, el arruinamiento total del conjunto porque la razón primera y original del monumento que nos ocupa era la de servir como puerta de la villa.

El reto de devolverle su identidad urbana era prácticamente imposible de lograr puesto que nos encontrábamos ante un edificio aislado que prorrumpía entre unas ruinas, ni siquiera definidas, de un pueblo inexistente. El Arco de San Roque se veía completamente descontextualizado al haber perdido el caserío que le daba su razón de ser. Había pasado de

ser un hueco por el que acceder al interior del pueblo en un contexto construido, a aparentar ser, por su forma aislada y emergente en medio de la nada, una especie de arco triunfal —o mejor dicho en este caso, de un arco *fracasal*— recordando y glorificando el triunfo de lo percedero frente a lo durable. Por ello, sin dejar de intentar lo imposible, propusimos levantar una pequeña escenografía sobre las ruinas que exhumamos en su perímetro, lo más parecida posible, con base en los documentos históricos que teníamos, a lo que allí había al acabar la guerra. De ahí, esas construcciones *ruiniformes* que actualmente acompañan al Arco. Las obras, que empezaron en mayo de 2010, duraron siete meses y el presupuesto de contrata, IVA incluido, de esta intervención fue de 223.501,18 €.

Además de estas tres intervenciones —Torre del Reloj, Arco de la Villa y Arco de San Roque—, y del Plan Director, acometimos, para el Gobierno de Aragón, tres complejos proyectos en el año 2010: el de Seguridad al Visitante; el de Recuperación y Restauración de la Trama Urbana; y el de la Restauración de la iglesia de San Martín de Tours. Proyectos, los tres, enmarcados dentro del programa de Recuperación de la Memoria Histórica y dotados, para su ejecución, con 3.132.818,90 € más IVA. Sin embargo, la explicación de dichos proyectos, y el porqué nunca se llegaron a hacer, sería, en todo caso, materia para desarrollar en otro momento.

